

La Correspondencia de España



R. Latorre

15 JUNIO, 96

14

12248402

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	C
Estante:	002
Número:	054 (22)

R.33421

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

R.22421

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO III Nº52

Madrid Mayo de 1896.

OFICINAS FACTOR. 7

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 GRANADA
 Clase: *C*
 Estado: *42*
 Número: *14*

ISIDORO MARIN.



ENCOMIENDA DE E. PORTABELLA

Isidoro Marin

SARAGUEA

RECUERDOS DE GRANADA.

+

EL CORPUS EN GRANADA



Las famosas fiestas del Santísimo Corpus Christi en Granada, son, sin duda, las más atractivas, originales y hermosas de cuantas tienen lugar en nuestro país.

La costumbre tradicional, implantada por los monarcas conquistadores, cuyo deseo fué que los granadinos se divirtieran como locos en la

solemne conmemoración por ellos instituida y para la cual designaron rentas especiales, se ha conservado en el corazón del pueblo, que hace huelga de los días de la Octava, y los resta al trabajo para dedicarlos á toda clase de licitas diversiones.

Sin revestir los caracteres de estruendosa animación que distingue á las fiestas de otras capitales andaluzas, y no quiero dar á entender con esto que los granadinos sean callados como cartuchos, ni mucho menos, tienen nuestras festividades del Corpus, aparte del programa de los festejos, un aspecto encantador de poesía dulcísima que brota á raudales por donde quiera que se dirija la mirada; pues siempre descubre ésta azul de cielo purísimo, blanco nítido de nieve ceñida á la cabeza de montañas de abrumadora majestad, y campos hermosos sobre cuya superficie de esmeraldas bordan caprichosas labores, como con hilillos de plata, las acequias y los ríos. Atraen al mismo tiempo la atención los monumentos de grandeza incomparable, los cármenes deleitosos, los panoramas sublimes, esa infinita y melancólica poesía de Granada que halla fuentes inagotables en nuestro cielo como ninguno claro en nuestra vega rival atortunada de la célebre campiña Damascena, en los recuerdos gloriosos que por doquiera nos asaltan y que surgen en cada piedra, en cada encrucijada y en cada ruina, como brotan en las junturas de los sillares esas hiedras que se agarran á los muros pardos de nuestras antiguas alcazabas, y se elevan hasta ceñirles verdes y frescas coronas en sus viejas frentes que se van desmoronando al peso de los recuerdos de miles de años y de cientos de generaciones, ya hundidas en el polvo de la Eternidad.

Celébranse las fiestas de Granada en pleno reinado de las flores, cuando el sol deslumbra con su luz sin que todavía quemén sus rayos. Las rosas, las madreselvas y los jazmines morunos han festoneado ya con sus guirnaldas multicolores y perfumadas las tapias de los huertos del Albaicín; las campanillas azules comienzan á tejer sus redes de frescura en los patios moriscos; en el bosque de la Alhambra han construído mágica bóveda miles de millones de

hojas, y de ella han colgado por centenares sus nidos los ruiseñores, que sustituyen en la realidad á las ninfas y gnomos de que nos hablan las leyendas orientales.

El día del Corpus es en Granada un derroche de color y de luz, pues además del sol de junio, brillan á millares los hermosísimos luceros que llevan por ojos en sus caras de gloria las hijas de aquellas moras granadinas cuya gentileza cantan á porfía los romances cristianos y moriscos. Lucen sobre los hombros la clásica mantilla de madroños ó de encaje, y se adornan la cabeza, de finísimo perfil y el busto escultural, con alegres prendidos de flores.

El toldo de lona, marca el camino de la procesión, y la olorosa juncia extiende blanda alfombra sobre el pavimento; la gente se empuja por ver la procesión sin perder detalle, desde los alguacilillos que abren paso delante de la Tarasca, hasta la rica Custodia, notabilísima obra de la orfebrería del Renacimiento, que parece envuelta en ráfagas de fuego, y pasa entre una lluvia de chispas de luz que arranca el sol á sus aristas y labores de oro.

La Puerta Real semeja inmenso hormiguero donde se apiñan millares de criaturas en las que se retrata el regocijo; es un

mar humano que se agita con los ruidos del día de fiesta, en cuyo conjunto dan las notas más salientes el volteo de las campanas de la Catedral, los acordes de las bandas militares, el galopar de los caballos y el rodar de la artillería que saca á relucir todos sus cañones para dar guardia de honor al Santísimo.

Apenas deshace sus líneas este cuadro comienza otro lleno de vida y de alegría. Lo forma la gente que va á los toros, asaltando los coches que hacen el viaje por asientos, requebrando á las hembras de trapío que pasan ó presencian el bullicioso desfile en los balcones. La plaza es, mientras dura la corrida, un hervidero de gritos, de palmadas y ovaciones delirantes como solo pueden verse en nuestro circo taurino, donde un airoso movimiento de muleta tiene la virtud de juntar en un solo aplauso la voluntad de diez mil granadinos, con entusiasmo que ya quisiéramos para cosas de más provecho.

Después de los toros, los paseos del salón y la Bomba, los jardines y la Carrera reclaman al público hasta las doce de la noche, mientras duran los ecos de la música, la algarabía de la férie y el brillo de las luces, que, ya forman piñas y arcos brillantes en las combinaciones de gas, ya se esconden como luciérnagas entre las hojas de los árboles, imitando, pendientes de sus ramas, frutos de fuego, ya semejan en la típica red de farolillos venecianos, vista á distancia, inmenso tapiz flamígero, una techumbre de luz que oscila al impulso de la brisa primaveral.

Pero la fiesta más característica y más culta de Granada está constituida por los conciertos de la Alhambra. El bosque y el palacio del emperador Carlos V son su escenario; la música el hada que impera en aquel maravilloso conjunto, Bretón el mago que lo dirige.

La subida á la Alhambra en esas hermosas noches de concierto, es ya por sí sola una fiesta incomparable, y la poesía del bosque, donde arroyos, hojas y brisas cantan el poema de la naturaleza, predispone el ánimo para las dulces emociones del arte.

El viejo palacio del emperador que tiene por techumbre el cielo azul, se rejuvenece al conjuro de la armonía; sus salones abandonados y su gran patio circular, se engalanan de guirnaldas, se tapizan de flores y se llenan de luz.

Al final del concierto se ilumina el bosque, y las bengalas dan á las frondosas alamedas un aspecto fantástico de tan sublime

hermosura, como solo lo puede imaginar quien lo haya visto. El cascabeleo y el rodar de los carruajes duran largo rato; el bosque de costumbre tan sosegado y tranquilo se extremece con el rumor de las multitudes que despierta á las hadas y á los gnomos, que huyen cabalgando sobre los rayos de la luna á buscar sus refugios en las piedras de los encantados torreones.

El conjunto que forman en la Alhambra las noches de concierto la naturaleza y el arte, no tiene rival.

*
*
*

Aparte las veladas, los fuegos de artificio, las cabalgatas vistosas y los cien recreos más con que brinda la temporada de festejos, dan nota animadísima las carreras de caballos que, celebradas en plena Vega frente á Sierra Nevada, llevan á cuantas se verifican en otras partes la ventaja del panorama. La tribuna ofrece un golpe de vista encantador. El aire, que resulta fresco en la gran superficie de los Llanos de Armilla, donde se emplaza el Hipódromo, mueve cintas, plumas y rizados cabellos, en graciosas ondulaciones á manera de lindos señuelos de un ejército de amorcillos; risas que brotan á modo de escalas vibrantes de labios juveniles y frescos como las encarnadas cerezas de nuestros cármenes; ojos que vencen la luz del sol granadino, rostros en que se junta lo blanco de la nieve con lo encendido de las amapolas, cabellos blondos, como espigas doradas, ó negros como los inmensos tajos que forman el anfiteatro de nuestras montañas....

El espectáculo del regreso á la capital es delicioso. A uno y otro lado del camino despléganse todas las galas del campo en un

atardecer de día de junio. Los trigos, ya granados y secos por el sol, semejan en su lento cabeceo fantástico mar de olas doradas; los últimos habares, polvorientos y mustios contrastan con el verde fresco de los cáñamos, y los árboles alineados en doble hilera, elevando al cielo sus altas copas, forman el marco de la larga carretera á cuyo fin se ven las torres de la Alhambra que confunden su tonalidad rojiza con los arreboles del crepúsculo.



FRANCISCO SECO DE LUCENA

DOS CELEBRIDADES GRANADINAS DEL SIGLO XVI

Curioso, interesante y amenísimo cuadro de vida y de costumbres ofrecía en dicha centuria nuestra hermosa y gentil Granada, último baluarte recientemente conquistado del poder de la morisma, ora porque residían en aquella sazón, dentro de su recinto, caballeros y damas de los más encumbrados linajes de nuestra España, y personajes los más celebrados de aquel tiempo, ora porque se daba la convivencia todavía dentro de sus muros de las dos razas, vencedora y vencida, hasta que el formidable alzamiento y rebelión de los moriscos produjo, como dolorosa consecuencia, el inexorable decreto de expulsión de la gente vencida, con el intento de consolidar el orden religioso, militar, civil y político; que consideraban los príncipes y estadistas de aquella época como el solo que podía librar de una vez y para siempre de todo riesgo la espléndida preciosa joya con que acababa de enriquecerse la corona invaluable de Castilla.

Una, tal vez la más importante, de las instituciones creadas á la sazón con tales intentos y políticos propósitos, fué sin duda la Casa general de Estudios, fundada por el memorable emperador D. Carlos V, previo consejo de una junta de letrados, estadistas y próceres, los más distinguidos y acreditados de aquel tiempo. Creóse la imperial Universidad granadina, primera y primordialmente, con el piadoso pensamiento de favorecer la conversión de los moriscos (*ad tenebras infidelium fugandas*), y para salvar de todo peligro las creencias religiosas de los conquistadores, según declaran las crónicas y documentos de la época. Mas si este fin religioso era el preferentemente concebido al crearse las cátedras de la nueva Escuela y por lo que se enseñaban y aprendían en ella las ciencias y letras sagradas con mayor celo, prolijidad y detenimiento, no por eso dejaron de cultivarse en sus aulas, con gran provecho y entusiasmo, los estudios profanos; y de ello fueron glorioso testimonio las lecciones y los escritos de sus maestros celeberrimos de Humanidades, entre los cuales sobresalió el negro *Juan Latino*, autor de un magnífico poema en loor de las hazañas heroicas de D. Juan de Austria, valeroso é invicto campeón de la Cristiandad en aquel memorable siglo en que ésta se vió amenazada tan seriamente por el islamismo en las extremidades orientales de Europa, y en la España restaurada por la fiera embestida de los moros granadinos en los ásperos riscos de nuestra indómita Alpujarra.

Era el docto *Maestro Latino* de origen africano, y se había criado como siervo y fámulo del joven duque de Sesa. En compañía del ilustre nieto del Gran Capitán D. Gonzalo de Córdoba se había aficionado el adolescente etiope por tal modo á los estudios, y con tan raro y feliz ingenio se consagró al cultivo de las bellas

letras, de la música y de la poesía, que llegó á dominar admirablemente la lengua latina hasta el punto de haber podido imitar primorosamente en su bella *Austriada* el estro dulce y armonioso de la musa virgiliana, y de haberse hecho en la música uno de los más diestros tañedores de laúd de la romántica Granada en aquellos tiempos.

Diéronle celebridad al ingenioso negro bereber la novelesca historia de sus amores; pero todavía le conquistaron más imperecedera nombradía sus lecciones en las cátedras de la Universidad y sus escritos primorosísimos. Su raro talento y su gloria literaria le granjearon asimismo la íntima amistad y la familiaridad cariñosa de los más encumbrados personajes de la ciudad, y aun el aplauso de los más insignes escritores de su tiempo. Basta recordar las alabanzas que le dedica la *desconocida Urganda* en la misiva poética que precede al libro inmortal del Príncipe de nuestros Ingenios.

A su mesa y refectorio era convidado muy frecuentemente con generosa liberalidad y distinción, entre otros muchos personajes de gran fama de aquella época, por el celeberrimo arzobispo don Pedro Guerrero, tan gloriosamente mentado en los anales históricos de la sede metropolitana granadina. Parece que el virtuoso y docto prelado, desde humilde y modesta cuna habíase elevado á la suprema gerarquía eclesiástica por su ejemplar santidad de costumbres, por su gran celo evangélico y por su vasto esclarecido saber.

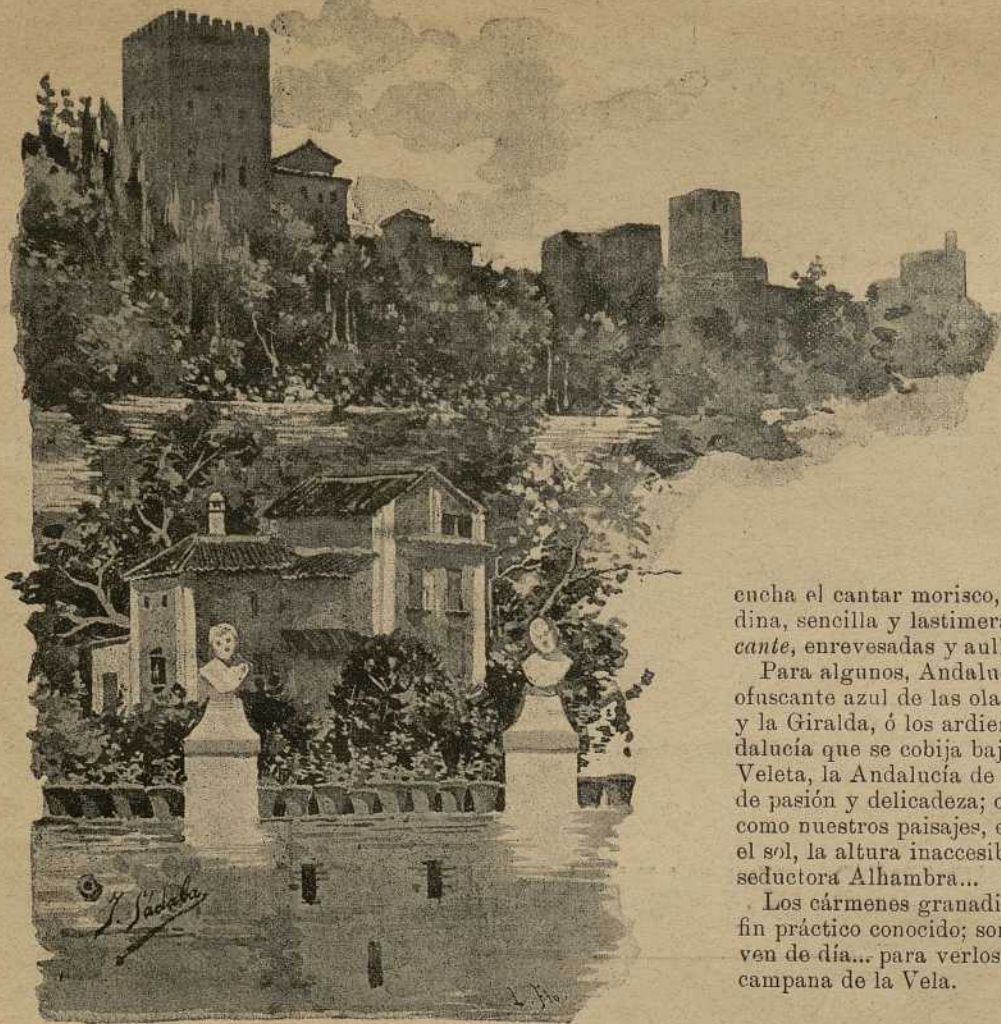
Con tales y tan hermosas dotes de espíritu explícate bien el contento y el miramiento singular con que trataba el noble arzobispo al afamado maestro latino, y aun la grata jovialidad con que conversaba á veces con el egregio humanista.

—¿Qué hubiera sido de nosotros?—cuéntase que decía en cierta ocasión en que agasajaba en su mesa el ilustre prelado al docto latino de piel negra como las sombras de la noche, pero en cuya fúlgida mirada brillaba espléndidamente la luz del pensamiento, —¿qué hubiera sido de nosotros ¡oh maestro Juan, si no nos hubiéramos entregado tan amorosamente á los libros?

—¡Quién sabe!—contestó el maestro Latino.—Tal vez vuestra ilustrísima señoría no hubiera salido de ser un humilde destripa terrones, ni yo hubiera sido otra cosa sino un misero domador de potros.

A. G. GARBÍN.

Granada, 1896.



LOS CÁRMENES

No me desaires, lector, y sigue adelante, á pesar del título, en que tal vez preveas un chaparrón lírico. No voy á descubrirte la Alhambra con sus bosques (que por cierto están ahora muy frescos y relucientes), ni el Generalife, ni el Darro ó Dauro con sus brisas perfumadas, ect. Ya sé que lo descriptivo á secas está en decadencia.

Pero hablar de Granada, y no decir algo de sus cármenes—conózcalos ó no, que puede ser que no los hayas visto en tu vida,—sería omitir el genuino negociado de la poesía local, ó como si ponderando á una mujer hermosa olvidáramos los ojos ó la sonrisa, que esto creo que son los cármenes granadinos, los ojos de Granada y la risa de esta tierra.

El vocabulario poético es inevitable; pues ¿quién no recuerda, á propósito de los cármenes, la música auténtica de los ruseñores, el rumor del agua cristalina, el sol radiante, las sombras recatadas, los rosales tan abundantes como la yerba en los prados, las celindas, jazmines, claveles y azahares? ¿Quién no dice que en ellos marea la luz, embriagan los perfumes, se alegra el corazón y desboca la fantasía? Es cierto que tienen algo enervante y ardoroso, como todo lo árabe; mas está compensado con la viveza de los colores, la inmensidad del paisaje y la claridad del cielo.

El carácter de los granadinos se formó en este ambiente, y tal vez por olvidar los cármenes nos vamos quedando sin carácter y sin poetas, que ya son pocos los que se fijan en las ramas de los frutales que esmaltan el cielo de flores, en la Sierra Nevada que nos domina, en la vega que dilata su verdor hasta las montañas moradas del horizonte, en nuestras torres y murallas que asoman en lo alto sobre los erguidos cipreses...

La ventaja de la belleza natural sobre la artificial y enfermiza del fin del siglo sería un bonito tema fácilmente demostrable con motivo de los cármenes granadinos.

Una mañana alegre en la cuesta del Avellano, ó una tarde de estas en un carmen de la cuenca del Darro, tienen más psicología que Bourget y poesía más consistente que la que suele buscarse entre los fragores de la pasión ó el relumbrar del vicio. El sol se levanta todas las mañanas, por detrás de Sierra Nevada, con la misma majestad y hermosura que hace diez siglos. La nieve de la

sierra baja en gotas transparentes y frías, rodando por los barrancos, hasta llegar á la alberquilla moruna de los cármenes, como en los tiempos de Alhambra...

Piensa lector, si quieres, que esto es retórica, más ó menos fina, y apasionamiento de provinciano; pero así y todo, ven á un carmen granadino, cubierto de parrales, con glorietas de obónibus y estrechas calles de mirto, escondido á los pies del Albaicin ó de la Alhambra; ven, si eres persona de gusto, y te sentirás trasportado á otro mundo, sin ardores de la ambición, olvidado de muchas miserias, con dulce somnolencia en los sentidos y en el corazón como bocados frescos de ideal.

Y no creas que aquí no hay más que paisaje. Todavía hay frentes donde bullen ensueños; todavía párpados cristianos recatan las llamaradas de ojos árabes, y en la noche, á la luz de la luna que platea los alcázares, se es-

enchá el cantar morisco, legítimo de esta tierra, la canción granadina, sencilla y lastimera, tan distinta de esas prostitutas por el cante, enrevesadas y aulladoras...

Para algunos, Andalucía es sólo la brisa de la Caleta, con el ofuscante azul de las olas de Málaga, el colmado sevillano, Triana y la Giralda, ó los ardientes llanos cordobeses, y olvidan esta Andalucía que se cobija bajo las nieves perpetuas del Mulhacem y el Veleta, la Andalucía de los cármenes, Andalucía mística, mezcla de pasión y delicadeza; como es nuestro pasado, moro y cristiano, como nuestros paisajes, en que aparecen siempre las umbrías y el sol, la altura inaccesible y el florido valle, la capilla gótica y la seductora Alhambra...

Los cármenes granadinos no son huertos ni jardines; no tienen fin práctico conocido; son rincones de flores enmarañadas, que sirven de día... para verlos, y de noche para oír los ruseñores y la campana de la Vela.

NICOLÁS M.^a LÓPEZ.

VIVIR EN GRANADA

Los estragos que la vida moderna, con su agitación y neurosis-mo, con el ansia de sentir, colectiva é individualmente, todas las palpitations de la vida universal, hace en el género humano, van produciendo en los espíritus reflexivos un movimiento de reacción de que ya se han hecho cargo algunos escritores.

La duda ha empañado ideas que ha medio siglo se juzgaban evidentes; los hombres están recelosos de que el moderno concepto de progreso se ajuste á la realidad, y la conciencia humana discute cuál sea la mejor manera de vivir.

Por este sendero, que han franqueado el telégrafo y la prensa, condensando en cada individuo todas las sensaciones de la humanidad, reflejando en cada cerebro las imágenes de todos los hechos en que se manifiesta el mundo y haciendo vibrar en el corazón de cada hombre todos los sentimientos humanos, por este camino de universalizar la vida, no vamos bien.

El individuo piensa y siente más de lo que pueden resistir la inteligencia y el sentimiento individual, nos gastamos muy pronto, é imponiéndose la necesidad de una reforma de la vida, tornamos los ojos á la naturaleza, nuestra madre, de la que nos hemos divorciado, y que resurge plácida y amorosa, como supremo ideal, en medio del horrible martilleo con que nos atormentan la industria, la política, los negocios, el afán de riquezas y las necesidades ficticias, cuya satisfacción, si la conseguimos, nos deja el espíritu saturado con los amargos anhelos de la verdad y del placer.

Vivir en la atmósfera cortesana, en las grandes urbes, en el foco de la industria, en el seno de la política, no es vivir. Los goces de esa vida artificiosa, amén de gastar velozmente nuestras facultades, nos privan de la plenitud del placer y del sentimiento; hay sensaciones más puras, más hondas, más completas, que sólo se pueden disfrutar en la contemplación de la naturaleza y en la paz del alma, en el ejercicio moderado de sus facultades y en la tranquila gustación del placer.

Por eso los que vivimos en Granada no nos explicamos que los que tienen libertad de elegir punto de residencia renuncien al encanto y á las satisfacciones que la vida en Granada ofrece.

Aquí, como en ninguna ciudad del mundo, se equilibran el bienestar y las comodidades materiales con los goces del espíritu. Un arte sublime nos deleita, desplegando ante los pasmados ojos el espectáculo embelesador de la fantasía oriental, y espléndida naturaleza, de melancólica é incomparable hermosura, nos prodiga sus voluptuosos halagos.

El aire que baja de la Sierra perfumado y suave, nos aromatiza los pulmones; la luz más clara y trasparente que en ningún otro punto de la tierra, se filtra por los ojos y nos alegra el corazón; descende el agua de las alturas, rebotando espumosa en los peñascos y saturándose de oxígeno que nos nutre y fortifica; no hay panorama como el de nuestra vega, ni crepúsculos como los de nuestro cielo, ni flores más frescas y olorosas que las de un cármén granadino.

Dulce templaza nos abriga y en todo tiempo puede aquí disfrutarse temperatura de 18 á 20 grados que nos ofrecen Almuñécar-Motril y demás puntos de la costa en el invierno; Granada, el Valle de Lecrín y la Vega en otoño y primavera; Bérchules, Capileira, Trévez y todos los pueblos de la alta Alpujarra en el rigor del estío.

Si á tales y tan variados elementos de bienestar, que la Naturaleza derramó pródiga sobre Granada, se unen los atractivos con que su abolengo histórico y su leyenda seducen la fantasía; el carácter noble, abierto y hospitalario de los granadinos, la cultura de esta ciudad que fué emporio de las artes y de las letras á mediados del siglo y cuenta hoy con brillante pléyade de escritores y artistas que rejuvenecen sus gloriosas tradiciones, se concederá que aquí puede vivirse una vida más dulce, más saludable, más completa y más feliz que en los grandes centros de la política, del comercio y de la industria.

¡Cuántas familias, cuyas rentas no les permiten atender en la corte á las más perentorias necesidades vivirían en Granada holgadamente, disfrutando un bienestar reservado allí á los poderosos y asequibles aquí á las más modestas fortunas!

¡Qué error tan grave el de los que, seducidos por el oropel buscan la felicidad donde no es posible encontrarla y huyen de la Naturaleza, fuente de todo goce y legítima satisfacción, sacrificando el bienestar del cuerpo y la paz del espíritu en aras del capricho, de la rutina ó de un equivocado concepto de lo que es la vida!

A los desengañados, á los que se van convenciendo de que no se vive mejor en la lucha que en la paz, de que no es vivir alejarse de la Naturaleza ni agitarse, como un epiléptico, para llegar más pronto, con el alma destrozada y el organismo quebrantado, al borde del sepulcro; Granada, hermosa, afable, llena de luz, de oxígeno y de alegría, les brinda hospitalaria plácido refugio donde, sin que renuncien á los beneficios de la civilización, encontrarán las satisfacciones de una vida armónica, completa y verdaderamente humana.

LUIS SECO DE LUCENA.

LA TORRE DE LA VELA

Entre las muchas que durante la dominación sarracénica fortalecieron y embellecieron el recinto murado de Granada y de sus antiguos alcáceres, descuella por su altura, su grandeza y sus recuerdos históricos la torre de la Vela.

Puede asegurarse con gran fundamento, que la fábrica primitiva de esta torre se remonta hasta la época romana. Así lo indican su forma y construcción, que, según personas entendidas en la historia del arte, y según nos afirmó un docto viajero italiano, semejan notablemente, así en lo interior como en lo exterior á monumentos romanos de grande antigüedad y del periodo gentilicio. Mas por lo ménos sabemos con certidumbre que la Torre de la Vela y su Alcazaba existían en la segunda mitad del siglo IX de nuestra era.

Al estudiar nuevamente los documentos de la dominación musulímica, tenemos por cierto, de acuerdo con dos arabistas tan competentes como los señores Dozy y Eguilaz, que en aquella Alcazaba y no en los vecinos Alcázares de la *Alhambra*; como á primera vista lo indica el nombre, ni en el más bajo y reducido cerro que coronan las antiguas Torres Bermejas, estuvo situado el formidable castillo y vasta fortaleza que Ibn Hayyan é Ibn Aljathib designan con los nombres de *Alcala-Alhambra*, *Alcazaba Alhambra* y *Medina-Alhambra*, es decir, el Castillo Rojo, la Alcazaba Roja y la Ciudad Roja, que tanto suena en la historia de Granada en los siglos IX y X.

En esta Torre de la Vela y su Alcazaba debemos fijar el teatro de sucesos altamente memorables para la cristiandad española, que ocurrieron durante el largo y calamitoso periodo de la opresión sarracénica y que nos han sido revelados en nuestros días por los historiadores árabigos.

Por ellos sabemos que hacia el año 860, los Españoles de Elvira (la antigua Iliberri y parte de la moderna Granada), los habían acorralado en la Alcazaba Roja, y que 29 años después, durante la gran guerra civil que se encendió entre todos los pueblos y razas que obedecían al sultán de Córdoba, volvieron á encerrarlos en los muros de aquella fortaleza, donde capitaneados por su valeroso caudillo Sarrár, los árabes repasaban de noche, á la luz de las antorchas, los muros quebrantados en los recientes ataques y embestidas con que los nuestros los fatigaban durante el día.

Por ellos sabemos también, que 272 años después, en 1162, en esta Alcazaba y la vecina explanada y loma de la Sabica, se acampó y fortificó con dos mil caballeros cristianos y muchos peones moros el célebre caudillo muladí (ó español renegado) Ibn Hamuxco, señor de Jaen, Ubeda y Baeza, el cual venía á las órdenes de otro insigne caudillo de la misma raza española, apellidado Ibn Mardonix llamado por los cristianos el rey Lupo, y que en efecto, terciando en los disturbios de la España sarracénica, ya ruinoso, había logrado reinar en Murcia y Valencia. Habiéndose concertado con los Mozárabes y Judíos de Granada, oprimidos igualmente por los Almohades, Ibn Mardonix é Ibn Hamuxco proyectaron librar á esta ciudad del odioso yugo que sufría.

Frustráronse las esperanzas de aquéllos héroes y pereció en aquellas alturas gran número de caballeros cristianos; pero su generosa sangre no fué infecunda para los progresos de nuestra cristiandad: transcurrido otro plazo de 330 años, en este mismo lugar, y sobre esta elevada torre vieron los reyes restauradores D. Fernando y D.^a Isabel, y la España católica el feliz cumplimiento de su bien fundada esperanza. Que aquí apareció el lábaro vencedor de la Cruz, anunciando la entrega de los Alcázares morunos, lo asegura el testimonio de autores competentes y la constante tradición del pueblo granadino. Al gran Cardenal de España y Arzobispo de Toledo, D. Pedro González de Mendoza, cupo el honor de enarbolar en esta Torre, á las tres de la tarde del memorable día 2 de Enero de 1492, la cruz de su guión, anunciando á los reyes y ejército cristiano acampados en la ribera del Genil que las fortalezas de Granada estaban ya en su poder.

Y permítasenos, por falta de espacio, decir tan poco de sucesos tan grandes.

FRANCISCO JAVIER SIMONET

SONETO

Angélica virtud, rico tesoro
que fuera de mi alcance triste veo
en tanto que te busco y te deseo
con más ardor que el avariento el oro.

Derramo por logarte acerbo lloro,
y siempre que medito, escribo ó leo
con tu plácida imagen me recreo,
y esperanzada tu favor imploro.

Mas hallarte no logro, virtud santa,
y me aflijo, me angustio y me entristezco
al ver que mi trabajo no adelanta;

Conozco con pesar que más merezco;
mas ya, Señor, que tu bondad es tanta,
dame al fin la virtud, que á tí me ofrezco.

CARMEN MORENO DE EGUILAZ.





La leyenda del Rosal.

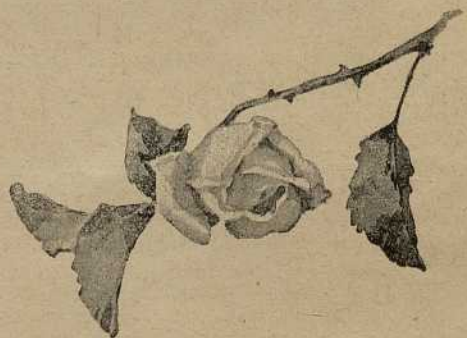
Entre ruinas erondido
 y ya su esplendor desierto,
 viene el Albaicín un huevto
 y en el un Nada su nido.
 Aunque invisible al mortál
 presta al pasage su encanto;
 así dicen valen tanto
 los capullor de un Rosal,
 que el tiempo nunca agostó
 y dá al amante fortuna
 si corta al salir la luna
 la flor primera que abrió.

Ma' siglos, Zora la bella,
 cuando era el huevto palacio,
 por el anhelvoso espacio
 daba al aire su querecha.

Que por su suerte tirana
 y de su honor en ultrage
 puso Alí el Abencerrage,
 su amor en una cristiana.
 Y era de causas enojos
 que ni olvidara el atene,
 aquel cubis enal la nieve,
 aquel fuego de sus ojos.

El Nada, alcabo muger,
 en arranque generoso,
 de su arbusto prodigioso
 la hizo un capullo cogor.
 Y en verde lasso sujeto
 se lo envia al seductor:
 Lo que tuviera la flor
 el Nada guarda el secreto.
 Mas tradición si lo es,
 y cualquiera lo presume
 que por cama del perfume
 vino vendido á sus pies.

Aun hoy la fama es igual,
 pues no hay mucha acaelora,
 que no pida yubovora,
 un capullo del Rosal.
 Ant. Joa. Afán de Bitero



ALONSO CANO

Y SUS OBRAS EN LA CATEDRAL DE GRANADA

Reunido el cabildo de la catedral de Granada en 18 de Julio de 1651, leyóse una carta del eminente artista Alonso Cano pidiendo se suplicara al rey Felipe IV que la prebenda de música, vacante á la sazón en dicha catedral, se le adjudicase á él, atento á que por su cualidad de pintor, escultor y obrero podría convenir mejor á las necesidades de la iglesia.

Como el caso era excepcional, acordóse citar para otro día y tratar de ello; en efecto, el día 1.º de agosto siguiente deliberóse acerca del particular, y puesta á votación secreta, obtuvo mayoría la pretensión de Cano.

No se tiene noticia de que éste volviese á Granada desde que siendo aún muchacho se fué á Sevilla con su padre, hasta que se presentó á tomar posesión de la ración solicitada, pues el rey había accedido á los deseos del cabildo y de Cano, por considerar de más utilidad, que una voz en la capilla de música, el servicio que tan notable artista podría prestar á la iglesia, muy necesitada de acabar su fábrica y de adornar con pinturas y esculturas la capilla mayor.

Diósele posesión de la prebenda, sin embargo de no ser sacerdote, á condición de que luego se ordenara.

En el mismo cabildo algunos canónigos ofrecieron costear lienzo y colores para tres cuadros de los siete que debían sustituir á los que había en la capilla mayor y representaban pasajes de la vida de la Virgen.



El primer cuadro que pintó fué el magnífico de la Visita de Nuestra Señora á Santa Isabel, y después el de la Purificación, en 1655; pasadas las desavenencias y pleitos entre Cano y el cabildo, dedicóse aquél á los demás cuadros, entregando en 1663 los de la Asunción, Concepción, Anunciación y Natividad, y en el año siguiente el de la Presentación de la Virgen en el templo. Cuadros admirables por el bello colorido que distingue á nuestro artista, siendo digna de observarse la original composición de los que representan la Anunciación y Presentación, y la majestad, sencillez y humildad que resaltan en la figura de la Virgen en el de la Visitación; la subida de la Virgen al cielo recuerda la manera de componer de algunos pintores italianos, y la concepción pertenece á ese singularísimo ideal seguido por Cano en todas las figuras que hizo de este misterio.

Otros cuadros hay en la catedral, también suyos, pero no fueron hechos para adorno del templo, sino adquiridos con posterioridad; uno de ellos representa la Dolorosa, copia de la imagen que talló el célebre Becerra, y notable por el profundísimo sentimiento que expresa el rostro, lo excelente del color y la prolijidad con que están ejecutados los paños, encajes y demás adornos que completan el cuadro; otro es reducción ó boceto de la celebrada Trinidad que hizo para el convento de San Diego; cuatro hay en la capilla de Jesús Nazareno: el encuentro de Jesucristo con su San-

tísima Madre camino del Calvario, y bustos del Salvador, la Virgen y San Agustín. En la sacristía se vé otro de la Anunciación, parecido al de la capilla mayor, que estuvo en el hospital de la Encarnación, y últimamente, en el oratorio de la sacristía hay una Purísima.

Otro de los trabajos que se encomendaron á Alonso Cano al ser nombrado racionero, fué un suntuoso facistol para el coro, cuyo diseño hizo conforme á su propio y original estilo de arquitectura. Debía labrarse en cedro y caoba, con adornos de bronce y tableros de serpentina; cada frente del pedestal había de llevar una hornacina para una figura de ángel, que él mismo esculpiría, así como la imagen de la Concepción, que se colocaría en el tabernaculito remate de la obra.

Dilatándose su ejecución más de lo regular, dado las impaciencias del cabildo y la poca actividad del maestro, se buscaron otros que lo continuaron, dejándose á Cano más libertad para dedicarse á los cuadros y esculturas; hizo una imagen de la Purísima para este facistol, mas llamó tanto la atención del cabildo lo perfecto y acabado de esta importantísima obra, que se acordó ponerla en la sacristía, á fin de que pudiera verse mejor, y allí mismo permanece, siendo admiración de cuantos la contemplan.

Transcurridos algunos años, hizo para el mismo lugar otra preciosa figura de la Virgen de Belén, mucho menos conocida, y que hoy se conserva en el oratorio de la sacristía. Ya muerto Cano, se terminaron las dos grandiosas cabezas de Adán y Eva que se hallan en los machones del arco toral, á demasiada altura para poder apreciar sus bellezas; también en la capilla del Carmen hay una valiente cabeza de San Pablo, así mismo del racionero artista, adquirida igualmente por el cabildo en el siglo pasado. La capilla mayor necesitaba lámparas en armonía con la riqueza y grandiosidad del lugar á que se destinaban, y el cabildo encargó diseños á Cano y al platero Diego Cervantes, eligiéndose el del primero, con arreglo al cual se hicieron las dos que todavía existen.

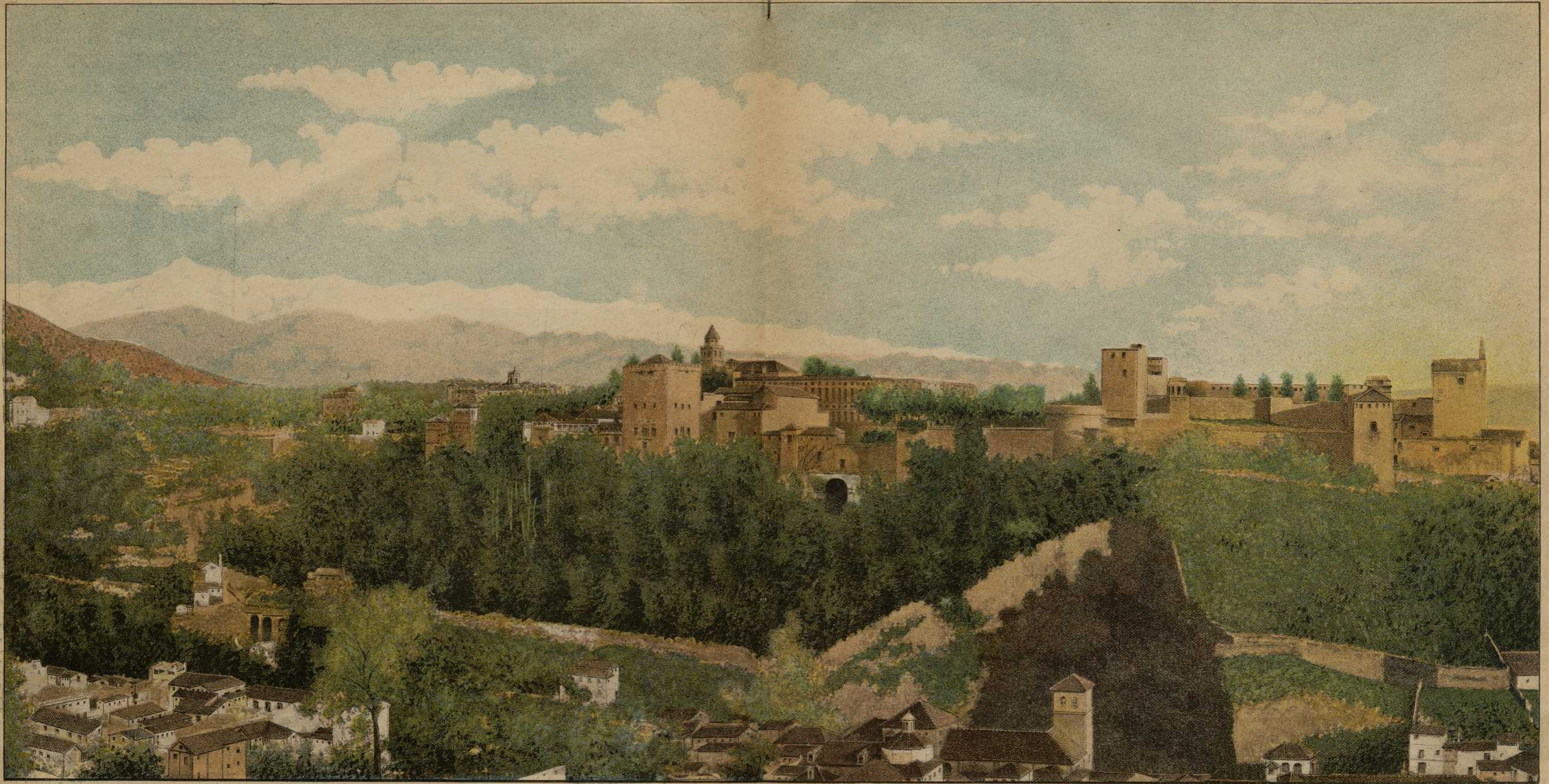


Tratóse en 1666 de continuar la obra de la catedral, y al efecto se oyó el parecer de maestros, siendo uno de ellos Alonso Cano, adoptáronse resoluciones que no pudieron llevarse á la práctica, y finalmente se aprobó una traza del mismo, apartándose por completo del antiguo proyecto de Siloee, y en el que se veían, en lugar de columnas, largas pilastras sin capiteles, sencillísimas cornisas y extensos planos, cuya lisura distrajo con fajas, molduras y golpes de talla; grandes medallones con relieves y estatuas completan su decoración. Cano fué nombrado maestro de la obra; pero no bien principiada, enfermó de la dolencia que le llevó al sepulcro en 3 de Septiembre de 1667, á los cuatro meses de estar al frente de dicha obra, que se continuó hasta terminarla, conservando, por lo menos en el conjunto, el trazado del maestro.

Quando murió Cano tenía sesenta y seis años, pues había sido bautizado el 19 de Marzo de 1601 en la parroquia de San Ildefonso de Granada, y se le dió sepultura en la bóveda que hay debajo del coro de la catedral, donde sus restos yacen confundidos con los de otros prebendados; le sorprendió su última enfermedad tan sin recursos, que el cabildo cuando lo supo acordó darle 500 reales, y algunos días después comisionó al licenciado Agüero para que le llevara otros 200 para gallinas y dulces. A tal extremo de miseria había llegado aquel extraordinario artista, que sólo contrariedades y sinsabores cosechó durante su vida aventurera, á consecuencia de la dureza y rigidez de carácter que empañaba otras cualidades hijas de su excelente corazón, entre las que sobresalía gran compasión y generosidad para con el desvalido y menesteroso.

VISTA GENERAL DE GRANADA DESDE LA IGLESIA DE S^N NICOLÁS.

TOMADA POR SEÑAN Y ESCUDERO



LAS LEYENDAS GRANADINAS

Pasó este interesante género literario popular acaso para no volver jamás á reaparacer. Las milagrosas leyendas de santos, las peligrosas aventuras de los viajeros y las temerarias empresas de bandoleros y contrabandistas, las alhajas y diameros escondidos en las entrañas de la tierra, ya durante las guerras y bloqueos entre moros y cristianos, ya cuando la expulsión de los miseros moriscos: todo esto avivado y sostenido con tal cual romance ó conseja, con los frecuentes hallazgos de orzas, jarrones y tinajas apletoradas de hermosas doblas morunas, y á más sazónado con ese misterioso tinte oriental que los hijos del medio día de España saben imprimir á sus narraciones, dió origen á ese renacimiento de la literatura anónima hispano-arábiga que tanto se cultivó á principios de esta centuria,

bien en el átrio ó dintel de la puerta de la casa en las noches del estío ó alrededor de las grandes y soberbias campanas de las chimeneas de las ventas en el invierno, ya en la tiendecilla del modesto sastre de portal y en la barbería del locuaz rapa-barbas entre sus contertulios y parroquianos ó bien en los brocales de los algibes entre vagos, inválidos y viejas charlatanas.

De sesenta años á esta parte hemos visto todos pasar á mejor vida á esa generación divulgadora de los soterrados tesoros granadinos: hemos visto hundirse entre nubes de polvo el morisco Albaicín y la antigua Granada ya por la vetustez de sus edificios é incuria de sus moradores, ya por la vandálica mano destructura del vulgo ignorante ó por la voraz codicia de anticuarios y *touristas*. ya por último—y este ha sido el mayor enemigo que ha luchado encarnicidamente con nuestra berberisca ciudad—por el moderno ornato que ha arrancado á la sultana de Occidente, sus mejores joyas

y preseas que nos hacían recordar á las típicas ciudades de Marruecos, Fez y Tafilete. Faltando el nido tenía que morir el ruiseñor: la literatura legendaria siguió al sepulcro á sus bardos y cantores y hoy sería cosa ridícula hablar de trasgos y vestiglos, magos y encantadores, duendes y almas en pena; los tesoros escondidos se agotaron, las misteriosas tradiciones se disiparon ante la luz de la divulgada crítica histórica moderna, y ya los espíritus más medrosos y apocados osan sin ningún recelo el cruzar á deshora las fantásticas y temidas alamedas del Campo de la Asabica y oír á media noche en plena Alhambra el fatídico y acompasado toque de la Campana de la Vela.

Por fortuna esa atmósfera letal de escepticismo que ahoga la vida del arte, que disipa el sentimiento y que mata los perfumes y aromas de la oriental tradición nacida en torno de los alcáceres árabes granadinos no se condensa en la ciudad de los cármenes y de los jardines:

y músicos, poetas y pintores, cuantos espíritus delicados y predisuestos por Dios para sentir fuertemente la belleza de nuestro hermoso paraíso del Senil y del Dauro cruzan sus tortuosas enrucijadas, moriscas callejas y pelados cerrajones en busca de fantástica inspiración ven surgir, como en tiempos no lejanos, al avariento clérigo alto, delgado y de rostro cadavérico, que sepultaba sus tesoros en la ya derruida casaca del Albaicín: al inválido veterano enriquecido misteriosamente de la noche á la mañana: al *Vellido* ó caballo descabezado, morador de los espantables subterráneos de los Siete Suelos, seguido de la horrible trahilla de perros, jauría infernal que solo el nombrarla aterrorizaba á propios y extraños; al fiero moro del Albercón que lleva su nombre: á los impalpables y silenciosos ejércitos de Boabdil, encantados con su monarca y real séquito en las cisternas y mazmorras del Cerro del Sol: al anciano Aben Habuz y á su descontentadizo mago Ibrahim

dormitando á los acordes de la argentina lira de la gentil princesa hispano goda: á la enamorada é irresoluta Zorahaida llorando á sus queridas hermanas y á su perdido amante: á Ahmed, Peregrino de Amor, vagando é exaltado por los jardines del Generalife: á los terribles é inmóviles moros encantados, guardadores de los inmensos tesoros del Alcázar Rojo: á la Rosa de la Alhambra llorando el abandono del gentil Ruíz de Alarcón: á las discretas Estatuas perpetuas vigilantes de preciadas y fabulosas riquezas: y á otros mil y mil quiméricos seres fantásticos que inspiraron á los vates nacionales y extranjeros sus más hermosas poesías y sus más inmortales elucubraciones.

JOSÉ VENTURA TRAVESET.

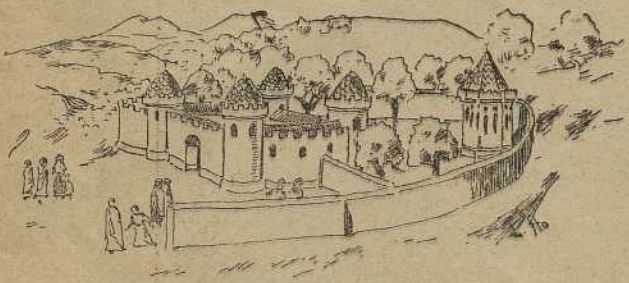
Granada, abril del 96.

EL PALACIO DE LOS ALIJARES

(DE LOS EJIDOS)

Labrado sobre la planicie del monte, que linda por Oriente con el cementerio, dominaba la pintoresca cuenca del Genil y la dilatada y espléndida vega granadina, tan celebrada por el inspirado vate de Guadix, Mohammad-ben-Adhim, el cual, tomando por modelo el *sechel* ó balada de Mégdelis, que comienza:

«El día ha parecido y las estrellas se han consternado», compuso la siguiente poesía: «Amigos de la disipación: la estación de la locura ha llegado, pues el sol acaba de entrar en el signo de *Aries* y el año comienza. Renovad diariamente vuestros placeres; no déis tregua á vuestros esparcimientos; entreguémonos á los deleites en las orillas del Genil sobre el verde césped. No hay para qué hablar de Bagdad y del Nilo; los lugares en que estamos son mucho más encantadores. Desde ellos se divisa una llanura de más de cuarenta millas, en la cual, aunque el viento la recorra en todos sentidos, no notaréis la menor señal de polvo, ni aun siquiera el equivalente á la pizca de alcohol con que se ennegrecen los párpados nuestras mujeres. Y así tiene que ser, pues en toda su extensión no se encuentra un solo sitio del tamaño de una hoja de papel en que no veamos discurrir de flor en flor á nuestras abejas.»



Entre las tres cosas notables de Granada, situadas á la banda del Mediodía, hace mención Lucio Marineo Sículo «de la hermosa vista de los Alijares, deleitosas estancias de los reyes moros.»

Hablando Andrés Navagero, embajador de la república de Venecia cerca del emperador Carlos V, en su *Viaje por España*, de éste y de los otros palacios, sus aldeaños, nos dice:

«En tiempo de los reyes moros, se pasaba del Generalife, subiendo á mayor altura, á otros bellísimos jardines de un palacio que llamaban los Alijares, después del cual se llegaba á los vergeles de otro, nombrado Daralharoza, hoy Santa Elena. Todas las calles del tránsito de un sitio á otro, estaban ceñidas de setos de mirtos. Ahora está todo ello casi arruinado, no quedando en pie más que algunos estanques secos por hallarse rotas las cañerías, como lo están las piedras de los enlosados, por cuyas quiebras retoñan las raíces de los arrayanes. Daralharoza está sobre el Generalife, hacia donde corre el Darro, y los Alijares á la derecha, saliendo de la Alhambra, hacia la parte del Genil con una bella vista sobre la vega. Más allá, y más adentro del valle, por donde corre el Genil, hay otro palacio derruido, que también era de los reyes moros, situado en lugar más apacible y solitario que los otros, con el agua del río muy cercana, llamado Casa de las Gallinas.»

Finalmente, en la *Historia de la Rebelión de los Moriscos*, de Mármol Carvajal, se lee:

«A las espaldas del cerro del Sol ó Santa Helena, se ven las reliquias de otro rico palacio que llaman los Alijares, cuya labor era de la propia suerte que la sala de la Torre de Comares, y alrededor de él había grandes estanques de agua.»

A este y al Generalife, y Daralharoza, situados en lugar eminente, se refieren los cronistas árabes de los últimos tiempos, cuando al narrar la posesión que los reyes católicos tomaron de la Alhambra y de sus alcázares, añaden «y altos sitios de recreo.»

No debieron estar estos á la sazón en muy buen estado, cuando con haberse gastado Fr. Juan de Henestrosa en su reparación 373.266 maravedís, al ser visitados por Andrés Navagero en 1526 se hallaban casi arruinados; no quedando más que reliquias de ellos en tiempo de Luis de Mármol.

De lo que éste y Navagero nos dicen y de lo allegado por nosotros de antiguos documentos, resulta: que los jardines de los Alijares se extendían á derecha é izquierda del arrecife que desde la Alhambra conducía á aquel alcázar, lindando por Levante con los del Generalife y Dalharoza y el monte en que está el *Albercón del Negro*, por el Norte con el *Handac Athabia* (hoy Cuesta de los Muertos); por Poniente con las Barreras, que los separaban de la Randa de la Mezquita antigua ó Almosela Alaidí, *torba* ó mausoleos de los sultanes nazaritas, situados en la parte más alta del

aHandac Asabica, según Aben Aljatib, del Ahabul del Neched y de los collados que se extienden á su izquierda, más allá del Barranco del Abogado sobre el camino de Cenes, y por Mediodía con las tierras del palacio de Darlunet, llamado también Casa de las Gallinas.

El fotograbado que va al frente de estas líneas nos ofrece una vista del palacio de los Alijares. Su dibujo está calcado sobre el que se echa de ver en la perspectiva caballera de la ciudad de Granada que figura en la representación gráfica de la batalla de la Higuera, mandada hacer á raíz de aquella gloriosa jornada por el rey D. Juan II y reproducida en tiempo de Felipe II por los pintores Granello y Fabricio en la Sala de las Batallas del Monasterio del Escorial.

Del fotograbado parece que el palacio de los Alijares tenía la misma forma que el Patio de los Arrayanes en la Alhambra, hallándose ceñido de altos muros, flanqueados por cuatro esbeltos torreones cilíndricos, unos y otros coronados de blancas almenas cuadrangulares (1), rematando los últimos en esbeltos casquetes revestidos de tejas de figura semejante á las que sirven de cubierta actual á los pabellones del Cuarto de los Leones en la Alhambra. Tanto las murallas como los torreones estaban provistos de saeteras. En el centro de la fachada principal, que mira al Norte, se abría una puerta de arco de herradura, que daba ingreso al palacio, ante el cual, á juzgar por el trozo de tapial que se ve á la parte de Poniente, debió de existir un patio ó corral como el que había en la Alhambra, según consta de documentos, cuyas puertas de entrada eran las llamadas *Alhambra* (hoy Puerta del Vino) y *Aben Samáa*, por los autores árabes. En la banda oriental del palacio debió de haber asimismo un espacio al aire libre rodeado de muros almenados, los cuales, partiendo de uno de los torreones de la fachada, iban á enlazarse con el situado en línea recta á la espalda del edificio. A las espaldas del palacio de los Alijares se hacía un jardín cercado de tapias en uno de cuyos ángulos había un pabellón exágono, coronado de almenas y de un elegante chapitel cubierto de tejas, aunque de dibujo diferente á las de los torreones.



HISTÓRICO PALACIO DE CASTRIL
Residencia y propiedad de D. Leopoldo Eguilaz.

En orden al sistema de construcción de los muros forales, con ser vario entre los latinos, el adoptado en las casas y alcázares

(1) Que era costumbre enjabelgar las almenas y acaso los mismos muros de los alcázares, lo dice Aben Aljatib en el *Lamba el Bedria* y en el *Miyar Aljilbar*, donde refiriéndose á los de la Alhambra se lee: «que sonreían con la blancura de sus almenas» y lo confirma, con relación á los mismos, á Darlharoza y los Alijares, el viejo romance que empieza:

¿Qué castillos son aquellos?
Altos son y relucían.

granadinos fué el llamado técnicamente *fonnaceus*, usado en la España romana, goda y árabe, según nos dicen Plinio (Hist. Nat. Lib xxxv c. 48), San Isidoro (*Orígenes*, Lib xv, c. 9) y Aben Jaldun en sus *Mocadamas*. Este modo de construcción debió ser empleado en las murallas, torres y tapias de los Alijares.

Sobre la disposición interior de este palacio conviene no olvidar que los edificios árabes granadinos, fuesen grandes ó pequeños, obedecían en su traza, lo propio que los de los romanos que les sirvieron de modelos, á un plan invariable, constituyendo el sahn ó patio con estanque ó *impluvium*, el centro de la casa (*guastidar*), á donde daban las puertas de las tarbeas ó cuadras de su planta baja y las ventanas de sus aljorfas y sobrados.

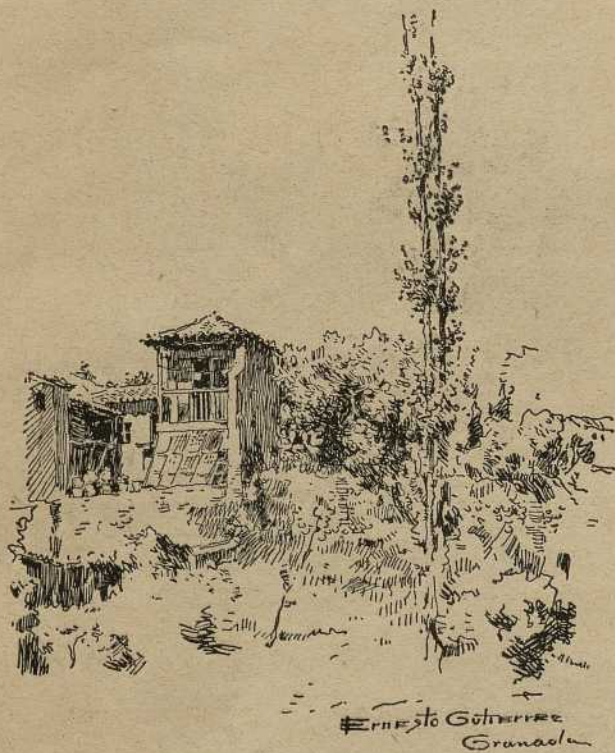
El que quiera formarse una idea exacta de la disposición interior del Palacio de los Alijares, recuerde la del *Patio de los Arrayanes*, del cual debió ser trasunto fidelísimo, salvo las dimensiones, pues mientras la alberca de este último mide 36'60 metros de largo por 23'40 de ancho, la del primero es solo de 18 por 6'25.

¿Cuándo se labró este alcázar? De ser exacto, según Marmol, que la labor de los Alijares era de la propia suerte que la de la sala de la Torre de Comares, habría que adjudicar este honor al Yutibuf Abul-Huhách; 1.º de haber sido así, no hubiera dejado Aben Aljalid de consignarlo en su *Lamha el Bedria* ni de hacer mérito de él en la relación de los palacios y almunias, pertenecientes al patrimonio real, en su *Introducción á la Ihatá*.

Que el palacio de los Alijares era un edificio suntuoso, lo declaran los primorosos fragmentos de su ornamentación, recientemente descubiertos; que *estaba labrado á maravilla*, lo dice el romance viejo, y lo confirma aquel otro en que se lee:

En los castillos dora los
de los ricos Alijares,
crecerán las avejillas
y se anidarán las aves
en las pintadas labores
de sus paredes de encaje.

LEOPOLDO EGUILAZ.



Un apunte del Albaicín.

EL POZO AIRÓN

Dice el licenciado Covarrubias en su *Tesoro de la lengua Castellana*, al tratar del vocablo tarasca, que «los labradores quando van á las ciudades, el día del Señor, están abonados de ver la Tarasca, y si se descuydan suelen los que la llenan alargar el pesqueño y quitarles las caperuças de la cabeça, y de allí quedó un

proverbio de los que no se hartan de alguna cosa que no es más echarla á ellos que echar caperuças á la tarasca.» Este proverbio, todavía en uso con la sustitución del nombre guindas por el de caperuzas, es muy corriente emplearlo en Granada bajo la forma eso es, ó traga más que el Pozo Airón.

El Pozo Airón, hoy nombre compuesto, y cuyo significado es el de pozo de aire tuerte, fué simple en el pasado; su dicción antigua era la de Pozairón, pozo grande, forma aumentativa, que no encontrando agradable la palabra pozón, como de más grato sonido estableció el uso la de pozairón, conforme á lo que se discurre en un muy curioso dictámen dado en el año de 1779.

Y el pozo de las tan renombradas tragaderas, del que en sentir de alguno tomó su nombre la puerta de Elvira, suponiéndola llamada por los árabes ora *Bib-Ilvir*, esto es, puerta del pozo, ya *Bib-Leyvir*, ó puerta por donde de noche se vá al pozo, fué uno que hubo en la calle del mismo nombre Elvira, en la parte en que se encuentra la plazuela de la llamada Casa Cuna, del que dice Fr. Lorenzo de San Nicolás en su tratado de Arquitectura (1633), ora de notable anchura y profundidad, todo labrado de ladrillo, y del que añade el doctor Bermúdez de Pedraza en la *Historia eclesiástica de Granada*, que publicó en 1638, que «le cegó nuestro mal gobierno, pensando que pozo sin agua estaua ocioso.»

Tiénelo todos por obra árabe: opinan los más, que lo abrieron como medio de preservar á la población de los espantosos efectos de los fenómenos sísmicos, siguiendo el parecer de Plinio, de que en los sitios donde hay muchas cuevas abiertas, tienen en ellas un remedio de los terremotos; entienden otros que solo era un gran algibe, y no falta quien sostiene la creencia de que por allí tenía la entrada una complicadísima red de caminos subterráneos destinados á poner en comunicación á Granada con sus barrios y fortalezas. De esta suerte han discrepado los historiadores y los hombres de ciencia acerca del cegado pozo; pero el pueblo que de tales disquisiciones no se paga, aferrado á la vieja opinion de que ese pozo era un eficaz preservativo contra los terremotos, pidió su reapertura. No lo consiguió, que el dictámen de los doctos, declaró inútil y perjudicial.

La fantasía popular ha ido poco á poco haciendo descender al Pozo Airón hasta hacerlo penetrar en las mismas entrañas de la tierra; aprendió por tradición que su ciegue juzgose por mucho tiempo como imposible empresa; que cuanto en él se echaba no era bastante para llenarlo, que en aquel abismo todo se perdía, y fiel á este recuerdo, cuando trata de expresar algo que es insaciable ó algo en que todo se pierde, invoca el proverbial Pozo Airón.

MIGUEL GARRIDO ATIENZA.



Cujon, el más célebre tocador de guitarra y cantaor flamenco.

NOTAS DE ARTE

Además de los atractivos que tiene Granada por su hermosa situación topográfica, que tan grandiosos y variados panoramas y paisajes presenta, y por la importancia y belleza de sus monumentos principales, árabes y cristianos, hay en esta ciudad mil y mil detalles y obras de arte, repartidos en el resto de sus edificios, que constituyen una interesantísima riqueza arqueológica é histórica, muy digna de estudio, y que es casi desconocida de los viajeros y aun para la mayoría de los granadinos aficionados á los trabajos é investigaciones de esta clase.

Dichas obras y detalles artísticos son las bellísimas esculturas que adornan los templos y los innumerables restos arquitectónicos, moriscos y mudéjares, que imprimen carácter propio á las antiguas construcciones de Granada. De unas y de otros dan idea incompleta los grabados que ilustran estas *Notas*, tomados al azar de los mil y pico calcos, fotografías, acuarelas y dibujos inéditos que forman el álbum valioso é interesantísimo de la sección de excursiones del Centro Artístico, sociedad que es sensible no disponga de elementos para publicar sus trabajos, que tanto contribuirían al progreso de la cultura patria y á la restauración de las antiguas industrias granadinas, depurando el gusto de los artífices de la localidad.

*
**



Alonso Cano (cuyo mérito ensalza respetable artista en este mismo número, publicando dos de sus más bellas obras, según fotografías del referido álbum del Centro) impuso á la escultura granadina el sello de su genio y estilo propio, esencialmente realista, pero no desprovisto de una influencia clásica muy marcada, que sin duda tuvo por causa el estudio, por los discípulos de aquel maestro, de las obras admirables traídas á Granada por los reyes y magnates castellanos, á raíz de la reconquista y en todo el siglo XVI. Entre éstas descueila el grupo admirable del *Entierro de Cristo* de la iglesia de San Jerónimo, que aquí se reproduce, atribuido por unos á Becerra, y por otros, con más fundamento, al Torrigiano. Sea de quien fuere, pasa entre los que lo conocen por la mejor obra escultórica de España, siendo de admirar en ella, al par que el sorprendente realismo y primor de factura, la variada expresión dolorosa de cada una de las figuras que la forman.

*
**

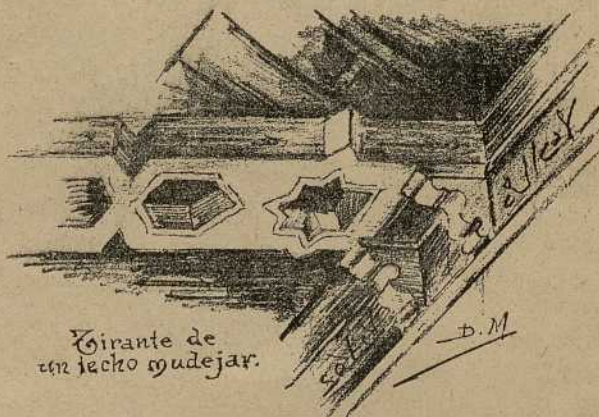
El conjunto de techos, capiteles, zapatas, canecillos, pilastras, balaustres, enjutas y demás detalles arquitectónicos repartidos en las casas de Granada, constituye todo un arte, el más original y verdaderamente propio de España, el mudéjar; formado por elementos decorativos de los estilos gótico, árabe y del Renacimiento, cuya triple unión y feliz mezcla distingue al granadino del toledano (que solo tiene dos elementos), dándole mayor belleza é interés artístico.



Capitel morisco.

Para el pintor y el arqueólogo es uno de los placeres más gratos el visitar á Granada, recorrer las empinadas y pintorecas calles del poético Albaicín, entrando en sus típicas casitas para ver los moriscos patios, sombreados por la secular higüera, símbolo de la propiedad entre los árabes, y contemplar aquellos detalles de ornamentación, ocultos á veces en humilde rinconcito, que evocan un mundo de recuerdos y de tradiciones históricas.

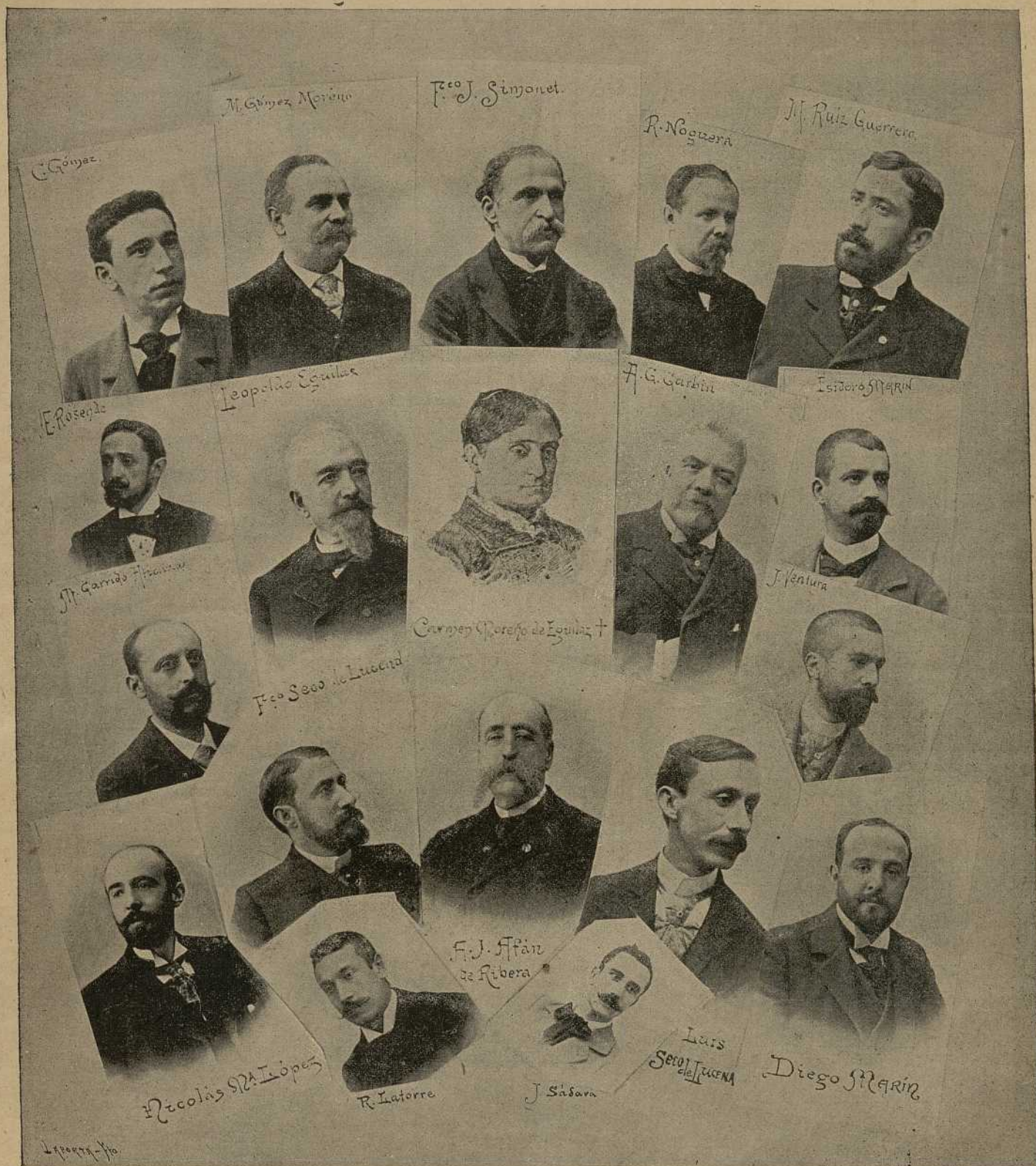
Nada más bello, en tal paseo, que una ventana decorada por ca-ladas enjutas mudéjares, que parece un dosel de blonda y encaje cuando sirve de marco á linda figurita de gentil granadina, con ojos orientales de melancólica expresión, que denotan á la legua su descendencia de aquella raza desgraciada, cuyo paso dejó huella indeleble en la fisonomía especial de la ciudad de la Alhambra.



Girante de un techo mudéjar.

DIEGO MARÍN.

NUESTROS COLABORADORES



He aquí los retratos de los distinguidos literatos y artistas que han contribuido con sus brillantes trabajos á la formación de este número, muestra valiosísima de sus talentos y de su acendrado amor á la poética Granada. Ellos constituyen cuanto en Granada da brillo al libro, á la prensa y á las artes bellas. Algunos gozan con perfecta justicia de reputación europea.

Todos viven á excepción de D.^a Carmen Moreno de Eguilaz, que hace algún tiempo pagó á la muerte el ineludible tributo;

era esta señora, esposa del eminente catedrático y literato D. Leopoldo Eguilaz, inspirada poetisa, siendo de lamentar que sus obras, verdaderamente notables, permanezcan inéditas.

No tenemos espacio para hacerles sendos apuntes biográficos, pero en realidad no los necesitan, pues su mejor elogio es la mención de sus nombres. Desde aquí damos á todos público testimonio de imperecedera gratitud por su preciosísimo concurso.

EDUARDO ROSENDO.



UN BALCON DEL ALBAYZIN.



42